4195

La Epístola de San Pablo.

13

LA EPISTOLA DE SAN PABLO.

IMP. DE C. GONZALEZ, S. VICENTE ALTA, 52.—MADRID.

LA
EPÍSTOLA DE SAN PABLO,

ZARZUELA EN UN ACTO.

LETRA DE

D. LUIS RODRIGUEZ,

MÚSICA DE

DON JOSÉ ROGEL,

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de la Zarzuela el 6 de Setiembre de 1865.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

Calle de las Torres, 4 duplicado, bajo.

1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA.	SRA. ISTURIZ.
AMALIA..	FERNANDEZ.
SILVESTRE..	SRES. SALAS.
BECERRIL.	CALTAÑAZOR.
PEREZ.	ARDERIUS.
UN CRIADO.	
UNA DONCELLA, *muda*. . .	

La propiedad de esta zarzuela pertenece á los señores Salas, Helguero, y Gaztambide y nadie sin su permiso podrá reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO ÚNICO.

Interior elegante.—Puerta al fondo.—Puertas laterales.—A la derecha una chimenea. Una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

SILVESTRE.—JULIA.—UN CRIADO.—*Luego* BECERRIL.

(*Al levantarse el telon, están sentados á la mesa Julia y Silvestre, acabando de almorzar. Un criado está de pié detrás de la mesa.*)

CANTO.

SILVESTRE.

Como la débil caña
se inclina al viento,
como lame la mano
humilde el perro,
así...

JULIA.

¡Silvestre!..

ARCHIVO DE MUSICA
Y CENTRO DE COPISTERIA
Olmos Gorge y Compañia
ALICANTE
674576

SILVESTRE.

Obediencia al marido
la muger debe.

JULIA.

Como sol pegajoso
que me sofoca,
música de mosquitos
legion de moscas,
así...

SILVESTRE.

¡Julita!..

JULIA.

Me empalagas y aburres
con esa epístola.

SILVESTRE.

¡Si es de San Pablo!

JULIA.

Pues cualquiera diria
que es de tu santo.

SILVESTRE.

Que eres carne de mi carne,
dice la Biblia;
pero solo representas
una costilla.
Y segun
este dato oficial,
tú eres, Julia, lo accesorio
y yo soy lo principal.

JULIA.

¡Qué necedad!
Yo, Silvestre, cuando menos
soy tu mitad.

SILVESTRE.

No tal.

JULIA.

Si tal.

Eva, siendo la costilla
de su marido,
en aquello de la fruta
su gusto hizo.
Y segun
este dato oficial,
yo seré lo que tú quieras,
pero haré mi voluntad.

SILVESTRE.

¡Qué atrocidad!
Esa es una paradoja
antisocial.

JULIA.

No tal.

SILVESTRE.

Si tal.
Lo accesorio se gobierna
por lo principal.

JULIA.

Si con Eva me comparas,
tú eres el Adan.

SILVESTRE.

Y segun
este axioma legal,
lo que fuere de mi agrado
has de hacer y nada más.

JULIA.

Y segun
esta ley de equidad,
lo que fuere de mi agrado
he de hacer y nada más.

SILVESTRE.

¿No te convences?

JULIA.

No me convenzo.

SILVESTRE.

¿Ni por San Pablo?

JULIA.

Ni por San Pedro.
¡Ay de la que se casa
con abogado,
pues ha de estar oyendo
siempre alegatos,
y por mucho que evite
darle ocasion,
en la calle,
en la mesa
y en el lecho
habrá discusion!

SILVESTRE.

Cielos, de qué me sirve
ser abogado,
si nunca la convencen
mis alegatos,
y por mucho que ilustre
la discusion,
se presume,
declara
y afirma
que toco el violon?

———

HABLADO.

JULIA. (Con impaciencia.)

Siilvestre, estás insoportable..... (Al criado, tirando la servilleta sobre la mesa y levantándose.) Llévate todo eso.

SILVESTRE.

Eh! chica, chica, permite!... que aun no he acabado!

JULIA.

Parece que tienes gusto en contrariarme..... en fastidiarme, en...

SILVESTRE.

Julia!

BECERRIL. (Entrando per el fondo.)

Qué es esto!..... Un altercado... Una desavenencia conyugal... (A Julia saludando.) Señora...

SILVESTRE. (Sin levantarse.)

Hola! Be... Be... Becerril. Espera!... Voy á acabar de tomarme el café!

JULIA.

Señor de Becerril, aquí tiene usted á mi esposo, á un amigo del alma, que no cesa en todo el dia de freirme la sangre..... (El criado levanta la mesa y sale.)

BECERRIL. (Cogiendo un terron de azúcar.)

Si señor; digo y sostengo que los verdaderos elementos de la felicidad conyugal, están encerrados en la Epístola de San Pablo... Allí sí que se explican cé por bé los deberes respectivos de los esposos. Pues, ¿y en las Partidas? ¡Aquella partida cuarta vale un tesoro! ¡Qué don Alfonso aquel!

JULIA.

Qué don Alfonso es ese?

SILVESTRE.

Y si las mujeres estuviesen enteradas de las Partidas...

BECERRIL.

(Vaya si lo están! Así nos las juegan tan gordas!)

JULIA.

Pero..... hombre!..... ¿Qué demonios de partidas son esas?

SILVESTRE.

Hola! ¿conque no las conoces?

JULIA.

Yo no entiendo de leyes!

BECERRIL.

Tiene razon esta señora. Tú has sido muchos años catedrático de jurisprudencia, y por consiguiente tienes obligacion de conocer bien nuestros códigos..... Pero tu mujer?...

SILVESTRE.

Debe conocer al menos la Epístola de San Pablo.

JULIA.

(Dále con la Epístola!)

BECERRIL.

Tu mujer no es canonista!

SILVESTRE.

Ya!... pero está casada... Yo mismo la he llevado á la iglesia!

JULIA.

Bien... y qué?

SILVESTRE.

Cómo qué? No te acuerdas del sacerdote que nos casó?

JULIA.

Sí, sí, ya me acuerdo!... Pues, mira, si tú te creiste que yo estaba escuchando...

SILVESTRE.

Muchacha! Qué estás diciendo! Conque no escuchabas al sacerdote?

JULIA.

Pensaba... en otra cosa.

BECERRIL.

Impía!

JULIA.

En una pícara horquilla que me estaba pinchando...

SILVESTRE.

Bien, señora! (Despues de tomar un libro pequeño de un estante.) Puesto que una horquilla le impidió oir la Epístola de San Pablo, ahí tiene usted donde leerla...

JULIA.

Y qué es esto?

SILVESTRE.

Mis comentarios á las partidas de don Alfonso el Sábio. Obra de texto, aprobada por el gobierno de su magestad. Aquí está incluida la Epístola de San Pablo.

JULIA. (Furiosa.)

Quite usted allá! Si las partidas de ese caballero, se parecen á las de usted, buenas serán ellas. (Le hace saltar el libro de la mano de un revés y va á sentarse á su costurero.)

BECERRIL.

(Vamos, Silvestre... Deja en paz á tu esposa y aléjala de aquí. Tengo que hablarte á solas de un asunto importante.)

SILVESTRE.

(Sí? pues espérate un poco.) Conque quiere usted tomarse la molestia de leer un capítulo?

JULIA.

No señor.

SILVESTRE.

Entonces, escucha... (Abre el libro.)

JULIA.

Ni leo, ni escucho.

SILVESTRE.

Con que no? Pues ya te puedes tapar los oidos, porque voy á leerte la Epístola.

JULIA.

Me marcho!... Dios mio, cuándo acabarán de construir el manicomio? (Váse.)

ESCENA II.

SILVESTRE.—BECERRIL.

SILVESTRE.

Bravo! Estaba seguro de ahuyentarla... Doblo la hoja en la epístola de San Pablo..... y coloco el libro en su costurero. Díme ahora, qué asunto es ese de que tienes que hablarme?

BECERRIL.

Chico, vengo á pedirte un favor.

SILVESTRE.

Necesitas algunos fondos?

BECERRIL.

No se trata de eso.

SILVESTRE.

Explícate.

BECERRIL.

Es necesario que hagas hoy mismo una visita en mi nombre.

SILVESTRE.

Corriente. Nada tengo que hacer y me viene de molde..... Quién es la persona?

BECERRIL.

Oye, y te explicaré... Ya sabes que yo amo á mi esposa.

SILVESTRE.

Es natural.

BECERRIL.

Que la adoro.

SILVESTRE.

Es natural.

BECERRIL.

Pues bien... A pesar de todo, yo la estoy engañando!

SILVESTRE.

Es natural..... (Cambia de tono.) Cómo! Tú estás engañando á tu mujer?

BECERRIL.

Qué quieres... Hay momentos fatales!

SILVESTRE.

Hola! Camastron! Esas tenemos, y nada me has dicho?

BECERRIL.

Por Dios, Silvestre... Mira que lo que te estoy contando es muy grave!

SILVESTRE.

Pero si te escucho, hombre, si te escucho... Prefieres que te eche un sermon?

BECERRIL.

Para qué? Para convencerme de que obré mal? Tan convencido estoy, que he jurado no volver más á casa de Patrocinio... de la indivídua.

SILVESTRE.

Ah! ¿se llama como la fragata?..

BECERRIL.

Lo mismo.

SILVESTRE.

Y díme, qué clase de mujer es esa?

BECERRIL.

No es mujer!...

SILVESTRE.

Demonio!...

BECERRIL.

Es un portento! vuela como una mariposa, corre como un gamo, se enrosca como una culebra, se dobla como un junco...

SILVESTRE.

Una culebra?... un junco?... una pelota de goma?

BECERRIL.

Si la vieras con el trage de hada... cuando sale del lago... medio dormida... La... la... la... (Tararea y baila.)

SILVESTRE.

Ah! Es una bailarina?

BECERRIL.

Una bailarina eminente! Y qué formas, chico! qué formas!.....

SILVESTRE.

A tí te parecerá una deidad.

BECERRIL.

Como que lo es!

CANTO.

Cuando un hombre
de esperiencia
como yo,
en los bajos
de ese escollo
naufragó,
desde luego
deberias
suponer
qué bajos... y qué altos
tendrá esa muger!

SILVESTRE.

Hombre al agua
te contemplo,
Becerril,

si navegas
por el golfo
mugeril:
pues observo
que te gusta
inspeccionar
los bajos... y los altos
que tiene ese mar!

BECERRIL.

Yo admiro como todos
las obras del Criador.

SILVESTRE.

Menos cuando te engaña
madama Petibon...

BECERRIL.

Eso si que no!

SILVESTRE.

Con el algodon.

BECERRIL.

La niña de mi cuento
es diablo tentador.
Si tú la conocieras,
caerias como yo...

SILVESTRE.

Eso si que no!

BECERRIL.

En la tentacion.

SILVESTRE.

Baja la voz.

BECERRIL.

Bajo la voz.
Quince años cumple
dentro de un mes;
tiene más ciencia
que un bachiller,
negro el cabello

blanca la tez,
ojos de fuego,
boca de miel...

SILVESTRE.

Más bajo, ¡hombre!

BECERRIL.

Ya bajaré.
Talle invisible,
pierna...eche usted!
no tiene mano,
no tiene pié,
y hay en sus formas
tal redondez,
que ni que fuera
pavo truffé.

SILVESTRE.

No te entusiasmes!

BECERRIL.

Ya terminé.
Con delicada
rara invencion,
(Mostrando á Silvestre un baston.)
esta cayada
de palo santo
me regaló.

SILVESTBE.

Propio regalo
fué de muger!
tras ese palo,
si te descuidas,
te dará cien.

BECERRIL.

Es la ninfa
que me acosa,
caprichosa
por demás;
pero sé

que en mi reinado
se ha portado
con lealtad.

SILVESTRE.

Es la ninfa
que te acosa,
generosa
por demás:
como sigas
en tu yerro,
hasta un perro
te dará.

BECERRIL.

Fué muy leal!

SILVESTRE.

Ya lo verás!

BECERRIL.

Hoy acabo con ella
sin vacilar.

SILVESTRE.

Si no acabas con ella,
te acabará.

HABLADO.

BECERRIL. (Dándole el baston.)

Mira, mira, es una cayada muy elegante!

SILVESTRE.

Para un pollo, no digo que no.

BECERRIL.

Y luego, me lo ha regalado de un modo tan fino... tan nuevo...:

SILVESTRE.

Sí, como se regalan todas las cosas.

BECERRIL.

No señor. Escucha, y juzgarás. Fuí ayer á su casa, entro en

su tocador... que es precioso... con una claridad de crepúsculo llena de atractivos y misterios.

SILVESTRE.

Adelante.

BECERRIL.

Hecha mi visita, me levanto para irme, voy á tomar mi baston del rincon de la chimenea, donde tengo costumbre de dejarlo y al lado del mio descubro este.

SILVESTRE.

Malo!.. malo!.. malo!..

BECERRIL.

En el primer instante sospeché lo que tú... una horrible traicion; pero Patrocinita me lo explicó todo... Hacia tiempo que le cargaba mi gruesa caña de Indias... Ya sabes, mi baston con puño de oro. Y no sabiendo la pobrecita còmo ofrecerme ese, se le ocurrió colocarle en el sitio consabido, para que al salir le pusiera yo la mano encima.

SILVESTRE.

Caramba! Eso es delicadísimo!

BECERRIL.

Ya lo creo! Ahí tienes lo que es Patrocinio! Confieso que me cuesta mucho trabajo romper con ella.

SILVESTRE.

Pero, estás decidido?

BECERRIL.

Decidido. Ayer le escribí mi determinacion, y ya creia que era cosa acabada; pero anoche me mandó una carta al café donde sabe que concurro, previniéndome categóricamente, que si no me presentaba en su casa hoy mismo, á las dos de la tarde, haria que mi mujer se enterase de todo.

SILVESTRE.

Ca racoles!

RECERRIL.

Y es capaz de hacerlo! La conozco muy bien!

SILVESTBE.

Oh! es preciso evitarlo... que vayas á verla!

BECERRIL.

Imposible! No quiero faltar á mi juramento. Ademas, he prometido á mi mujer que la acompañaria á las carreras...

SILVESTRE.

Qué es eso? Va á haber jarana?

BECERRIL.

Hombre, no! A las carreras de caballos. Así, pues, he contado contigo.

SILVESTRE.

Para qué?

BECERRIL.

Para que vayas á casa de Patrocinio... para que hables con ella y veas el modo de reducirla á la razon... No quisiera molestarte.

SILVESTRE.

Hombre... El visitar una mujer bonita, no es cosa que me puede causar gran molestia, pero... qué le diré si pregunta por tí?

BECERRIL.

Lo que te parezca mejor.

SILVESTRE.

Le diré que te has muerto.

BECERRIL.

Hombre, no; eso es de mal agüero. Dile que me ido al extranjero, á la república de Andorra, á Tetuan, á cualquier parte.

SILVESTRE.

Corriente.

BECERRIL.

Y como yo no quiero deberle nada, la llevarás esto. (Saca un estuche.)

SILVESTRE.

Un estuche!

BECERRIL.

Unos cuantos brillantes que contribuirán á convencerla mejor que todas las razones del mundo.

SILVESTRE.

Lo creo.

BECERRIL.

Pues anda! No hay tiempo que perder! Véte á vestir.

SILVESTRE.

Volando!.. Ah! y las señas de la casa?

BECERRIL.

Ahí van, dentro del estuche. (Silvestre deja el baston sobre una silla junto al sofá.)

SILVESTRE.

Muy bien. (Sacando una tarjeta del estuche y leyendo.) «Señorita Patrocimio de los Milagros, Antuna... An... tuna? (Asombrado.)

BECERRIL.

Sí, ese es el apellido de su familia.

JULIA. (Saliendo por la derecha.—Silvestre mete la tarjeta en el estuche y lo oculta en el bolsillo.)

Señor Becerrill, aqui tiene usted á su esposa.

AMALIA. (Entrando por el fondo.)

Ya estoy aquí.

BECERRIL. (A Silvestre.)

(Chit! Mi muger!)

SILVESTRE. (Saludando.)

Señora!

ESCENA III.

DICHOS.—JULIA.—AMALIA.

JULIA.

Chica, qué guapa vienes! A dónde vas?

AMALIA.

No te lo ha dicho mi marido? Vamos á las carreras. Quieres venir con nosotros?

JULIA.

No... no estoy vestida... Y además, Silvestre ha tenido la gracia de ponerme los nervios en un estado!..

AMALIA.

Es posible?

SILVESTRE.

Señora...

AMALIA.

Ya me lo contarás todo más tarde.

JULIA.

Mira, vente á comer con nosotros despues de las carreras.

AMALIA.

Acepto.

SILVESTRE. (A Becerril.)

Eso es! (Y entonces te diré el resultado de la entrevista!)

AMALIA.

A propósito; vamos mañana al teatro Real?

JULIA.

No lo sé todavía... Dicen que no se encuentra un billete por un ojo de la cara! Pero Silvestre ha escrito al señor de Perez, rogándole que se pase hoy por casa!

AMALIA.

El señor de Perez! Ah! sí! aquel periodista que me presentaste la otra noche?

JULIA.

Es un chico muy amable... y muy servicial. Ahora está bien con el empresario... y espero que por su mediacion...

AMALIA.

Pues no te descuides. Me muero por las primeras representaciones, sobre todo cuando las silban!

JULIA.

Mujer!

AMALIA.

Sí, chica, son más divertidas... Vámonos, Becerril; ya es la una!

BECERRIL. (A Silvestre.)

La una!

SILVESTRE. (A Becerril.)

En cuanto llegue la otra, estoy andando.

JULIA. (A Amalia.)

Hasta luego?

AMALIA.

Hasta luego. (Vanse Amalia y Becerril.)

SILVESTRE.

Cómo evitar la dulce reconciliacion? (Dándose un golpe en la frente dirigiéndose á Julia con misterio.) Ah! señora! He doblado la hoja!

JULIA.

Qué dices?

SILVESTRE.

Que he doblado la hoja por la Epístola de San Pablo. (Señalando el libro que esta sobre el costurero.)

JULIA.

Es usted insoportable!

SILVESTRE.

Fólio treinta y siete vuelto de mis comentarios... Repito que está señalada la hoja. (Vase izquierda.)

ESCENA IV.

CANTO.

JULIA.

«Aprended, novias, de mí
lo que vá de ayer á hoy,
reina ayer de un hombre fui,
y hoy su humilde esclava soy.»
Aquel novio
tan rendido,
tan amable,
tan cortés,
al llamarse
mi marido,
se me ha vuelto
del revés.
Si ya no es
lo que crei,
si lo que fui
tampoco soy,
«aprended, novias, de mí

lo que va de ayer á hoy.»
De San Pablo,
no me espanta
que nos trate
con rigor:
si ese santo
fuera santa,
nos haria
más favor.
El grave error
que cometí
al dar un sí
penando estoy:
«reina ayer de un hombre fui,
y hoy su humilde esclava soy.»

HABLADO.

Está visto que se ha propuesto mortificarme toda la vida con la dichosa Epístola!.. pues como encuentre en ella una sola palabra que me sirva de pretesto, vive Dios que no ha de querer escucharme. (Se sienta junto al costurero y hojea el libro.) Pero... dónde estará esa famosa Epístola de S. Pablo?.. Ya dí con ella!.. (Leyendo.) «La mujer debe» la mujer debe... Caramba! Ahí es nada todo lo que debemos nosotras á esos caballeros!.. «La mujer debe»... Todavía más?.. «La mujer debe vivir con su marido, seguirle siempre»... Siempre... sí! menos cuando á los señores se les antoja ir á todas partes sin nosotras... al casino... al teatro... á los toros... etc. etc.

(Continúa leyendo para sí.—Silvestre entra por la izquierda, vestido de negro, con uantes blancos, gaban al brazo y sombrero en mano.)

ESCENA V.

DICHA.—SILVESTRE.

SILVESTRE.

Hola! hola! veo con sumo gusto que no han caido en saco roto mis consejos. (Sorprendiéndola con el libro en la mano.)

JULIA.

Ni lo uno, ni lo otro. (Tirando el libro.) Iba á tomar mi costura.

SILVESTRE. (Mirándose con pretensiones.)

(Me parece estoy presentable.)

JULIA. (Reparando en él.)

Qué es eso? te vás?

SILVESTRE.

Sí; pero vuelvo en seguida.

JULIA.

Esta mañana me dijiste que no pensabas en salir. Adónde vás?

SILVESTRE. (Turbado.)

Voy... á la Puerta del Sol, á echar un rato de palique.

JULIA.

Ajajá! y para echar un rato de palique en la Puerta del Sol, te plantas de toda etiqueta?

SILVESTRE.

Pero señora!.. me parece que...

JULIA.

Oh! no se enfade usted por tan poco, señor mio. Usted es dueño de ir á donde mejor le parezca... (Llama de la campanilla.) Seguro que yo trate de impedírselo. Mi abrigo, el sombrero.

SILVESTRE.

Qué es eso? tambien sales tú?

JULIA.

Sí.

SILVESTRE.

Y á dónde?

JULIA.

Adonde usted vaya.

SILVESTRE.

Cómo? quieres acompañarme?

JULIA.

Es mi deber. «Cuarta partida, Epístola de San Pablo. La mujer debe seguir siempre á su marido...»

SILVESTRE.

Eh! Chica, chica! tú interpretas muy mal.

(Vuelve la doncella con el abrigo y el sombrero de Julia, se los da y se retira.)

JULIA.

Al contrario; interpreto muy bien! Usted quiere que obedezca puntualmente la Epístola de San Pablo... Enhorabuena! usted vá á salir, la Epístola me dá el derecho de que le siga... y le sigo. (Se pone el sombrero.)

SILVESTRE.

Pero señora, esto es absurdo!.. Si voy á casa del sastre!

JULIA.

Mejor! con eso te ayudaré á escojer la tela...

SILVESTRE.

Despues á casa del zapatero!..

JULIA.

Yo le diré del pié que cojeas.

SILVESTRE.

Por vida de!.. Esto pasa de castaño oscuro!

JULIA.

Nada, nada! tú puedes rabiar todo lo que te se antoje, pero no saldrás sin mi compañía.

SILVESTRE. (Furioso.)

Eso será, si yo no le mando á usted que se quede... Tenga usted presente aquel tan sabido axioma: «La mujer debe ciega obediencia al marido!»

JULIA.

Tenga usted en cuenta aquel otro más conocido todavía: «La mujer debe seguir siempre al marido!»

SILVESTRE.

Puesto que así estamos, no saldré. (Hasta que me pueda escapar.) (Contrariado. Coloca el gaban y el sombrero en una silla y se sienta en el sofá.)

JULIA.

Haz lo que gustes... Solo que como puedes cambiar de idea cuando yo esté allá dentro, tomo mis precauciones... y me llevo conmigo el gaban y el sombrero. (Lo toma.)

SILVESTRE. (Levantándose rápidamente.)

Señora, deme usted eso!

JULIA.

Si te decides á salir, me avisas.

SILVESTRE.

Julia!

JULIA.

Nada, nada! Puedes entretenerte en repasar la Epístola de San Pablo y la partida cuarta... Te advierto que tienes señalada la hoja. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI.

SILVESTRE.—*Despues* PEREZ.

SILVESTRE.

Pues señor, estoy lucido, sin gaban y sin sombrero. Diantre! Y es el caso que no puedo plantarme en la calle de este modo, en cuerpo gentil en el mes de Diciembre. (El reloj da las dos.) Las dos!.. Becerril, te has hundido!.. Buen trueno te espera!.. Y todo por culpa mia!.. Si yo tuviera un carrich, una capa, aunque fuese la gorra de un jokey... Caramba!.. Es preciso buscar... (Se pasea muy agitado por la sala, mientras que Perez aparece por el fondo, con sombrero en mano y el gaban al brazo.)

PEREZ. (Desde la puerta. Tipo andaluz.)

Dá usted su permiso?

SILVESTRE.

Adelante. (Distraido repara en Perez que entra.) Ah! Es usted? Qué fortuna! El cielo me lo envia... (Se apodera de su gaban.)

PEREZ.

No se incomode usted... Yo vengo...

SILVESTRE.

Sí, sí, para hablar con mi esposa... Sale en seguida. (Poniéndose su gaban.) Tendrá usted que esperar un ratito.

PEREZ. (Con empacho.)

Si se está usted poniendo mi gaban...

SILVESTRE.

Voy á servirme de él por algunos instantes... Ah! si mi esposa pregunta por mí, dígale usted que estoy en mi despacho... Su sombrero de usted... (Quitándoselo.) Muchas gracias.

PEREZ.

No comprendo.

SILVESTRE.

Las dos! amigo mio... las dos! (Vase.)

ESCENA VII.

PEREZ—*Despues* JULIA.

PEREZ.

Diablo! Ese hombre está loco... Me escribe que venga á las dos y es para que le preste el gaban y el sombrero...

JULIA.

Perdone usted si le he hecho esperar... Acaban de pasarme recado...

PEREZ.

Señora...

JULIA.

Calla!.. Estaba usted sólo?

PEREZ.

Sí, don Silvestre ha salido.

JULIA. (Vivamente.)

Que ha salido?

PEREZ.

Es decir, ha entrado en su despacho.

JULIA.

Já! já! Le habrá usted encontrado de muy mal humor, no es así?

PEREZ.

En efecto, he creido notar en él algo que... (Qué mujer tan hermosa!)

JULIA. (Sentándose.)

He molestado á usted, porque tengo que pedirle un pequeño favor. (Invita y hace seutar á Perez.)

PEREZ.

Hable usted, señora... y si es cosa que depende de mí... (Está guapa de veras...)

JULIA.

Es una bagatela, para usted al menos; aunque para mí es muy importante.

PEREZ.

(Lo que es hoy me declaro...) Y de qué se trata?

JULIA.

Me han dicho que es usted muy amigo del empresario del teatro Real.

PEREZ.

Mucho!.. ¡mucho!..

JULIA.

Pues bien, como como mañana hay estreno, quisiera que me proporcionase usted un palco.

PEREZ.

A estas horas?.. será muy difícil.

JULIA.

Por eso se lo encargo yo á usted.

PEREZ.

Y si fuera imposible?

JULIA.

Con voluntad no hay nada imposible en el mundo.

PEREZ.

(Me ama... Esta es la ocasion!..) Pues bien, señora, con voluntad no hay nada imposible en la tierra! Usted misma lo ha dicho.

JULIA.

Sin embargo, es preciso no perder un solo minuto; coja usted su sombrero, y al teatro en seguida... Ande usted...

PEREZ. (Turbado.)

Si señora... cierto que no se debe perder un solo minuto... pero... (Demonio de don Silvestre!)

JULIA.

Qué duda?... qué aguarda?

PEREZ.

Yo?... nada...

JULIA.

Tiene usted algun inconveniente en servirme?

PEREZ.

No señora, al contrario!

JULIA.

Si abuso...

PEREZ.

Qué disparate!

JULIA.

Las mujeres somos tan caprichosas...

PEREZ.

Usted puede disponer de mí como quiera!

JULIA.

Pues no se detenga usted más. Espero la contestacion.

PEREZ. (Sin moverse.)

Sí, señora, sí...

JULIA. (Mirando al rededor.)

Vamos!... Dónde ha dejado usted su gaban y su sombrero? Supongo que no habrá usted venido con la cabeza al aire?..

PEREZ.

Ciertamente... he traido sombrero y gaban...

JULIA. (Buscando.)

No los veo.

PEREZ.

Están en otra parte.

JULIA.

En el recibimiento? (Va á tirar del cordon de la campanilla.)

PEREZ.

No señora.

JULIA.

Pues dónde?

PEREZ.

No lo sé á punto fijo.

JULIA.

Cómo?

PEREZ.

El señor don Silvestre... los tomó... y se los puso...

JULIA.

Mi esposo?

PEREZ.

Distraido sin duda...

JULIA.

Ha salido á la calle?

PEREZ.

Me parece... que sí.

JULIA.

(Ah!.. traidor!)

PEREZ.

Ya no puede tardar... Dijo que volvia al momento.

JULIA.

(Cómo se ha burlado de mí! Y lo peor de todo es que se sale con su gusto y me priva del mio. Pero, calle, yo tengo su sombrero y su gaban... Qué vacilo?) Puesto que él está usando de las prendas de usted, nada importa que usted utilice las suyas.

PEREZ.

Yo?

JULIA. (Al salir por la derecha.)

¡Ah! señor don Silvestre, ya me las pagará usted todas juntas.

ESCENA VIII.

PEREZ.—*Despues* SILVESTRE.

PEREZ.

Pero, qué significa esto? Maldito si entiendo una sola palabra. Sin embargo, apostaria á que este matrimonio no está muy acorde, y yo debo aprovechar la ocasion. (Viendo entrar á don Silvestre.) Hola, ya estamos de vuelta?

SILVESTRE.

Héme aqui precisado á volver... El estuche se quedó en el gaban... y las señas tambien... (A Perez devolviéndole el sombrero.) Gracias... —Vamos, es imposible que yo vaya á casa de Patrocinio.

PEREZ.

Patrocinio!.. (Agitado.) Conoce usted á Patrocinio?

SILVESTRE.

En mi vida la he visto... Y usted? (Le entrega el gaban.)

PEREZ.

Ni por pienso! (Si andará este zángano tras ella?)

SILVESTRE. (Paseándose agitado y mirando al reló.)

Las dos y cuarto!

PEREZ.

Las dos ya!.. No puedo detenerme.

SILVESTRE.

Se marcha usted?

PEREZ.

Voy corriendo al teatro.

SILVESTRE.

No espera usted á que salga mi esposa? Quiere hablar con usted.

PEREZ.

Pronto vuelvo. (Vase precipitadamente por el fondo.)

ESCENA IX.

SILVESTRE.—*Despues* JULIA.

SILVESTRE.

Y ese imbécil de Becerril que está en las carreras!... De baquetas se las vá á dar su mujer cuando sepa el enredo.

MÚSICA.

JULIA. (Entrando y hablado.)

Señor Perez, tome usted el gaban y el sombrero.

CANTO.

SILVESTRE.

Muchas gracias!

Silvestre = Muchas gracias.

Julia = (Mi marido!) Pronto has vuelto!

Silvestre = Yo?.. está claro. No he salido!...

Julia = Ah!... no saliste?

Silvestre = No!... Me habia de plantar en la calle así? Sin sombrero y sin gaban?

Julia = Pudo prestarte un amigo....

Silvestre = Vaya una suposicion!...

Julia = Y él mismo me contó....

Silvestre = Quien?

Julia = Perez!

Silvestre = (Mentecato!)

Julia = Ja, ja, ja! Sabes esposo querido, que he registrado tus bolsillos y me encontré?...

Silvestre = (Ay! aquí fué Troya!)

Julia = Dime, ¿Para quien es este estuche?

Silvestre = Este... fácil es adivinar! (Serenidad!) Este estuche es para ti.

JULIA.

(Mi marido!)
Pronto has vuelto!

SILVESTRE.

No he salido.

JULIA.

No saliste?

SILVESTRE.

No en verdad.
Donde quieres que haya ido
sin sombrero y sin gaban?

JULIA.

Que salieses no he creido
sin sombrero y sin gaban.
Darte pudo un caballero
su gaban y su sombrero.

SILVESTRE.

Singular suposicion!

JULIA.

Como lance verdadero
un amigo lo contó.

SILVESTRE.

Perez!

JULIA.

Perez.

SILVESTRE.

(Majadero!)

JULIA.

(Ya confiesa.)

SILVESTRE.

(Me clavó.)
(Duda de mí,
esto vá mal,
hay que tener
serenidad.)

JULIA.

(Mi buena fé

quiso engañar!
pero de mí
no se reirá.)

SILVESTRE.

En el mundo, señora,
no es cosa rara
que las buenas acciones
pasen por malas;
pues nunca acierta
el que juzga tan solo
por apariencias.

JULIA.

En el mundo tampoco
es cosa nueva
qué las malas acciones
pasen por buenas:
pues la perfidia
con el manto se cubre
de la justicia.

SILVESTRE.

Para acertar
debe siempre buscarse
la realidad.

JULIA.

Para acertar
registré los bolsillos
de tu gaban.

(Mostrando á Silvestre el estuche.)

SILVESTRE.

(Trance cruel!
suerte fatal!
Por Becerril
voy á pagar!)

JULIA.

(Cuánta doblez!
qué iniquidad!
Ya conseguí
verle temblar.)

SILVESTRE.

Ese estuche, cara esposa;
lo he comprado para tí.

JULIA.

¿Yo me llamo Patrocinio?
qué ocurrencia tan feliz!

SILVESTRE.

(Ahora sí
que me hundí!
Yo no sé
qué decir.)

JULIA.

(Ahora sí
que vencí!
Ya acabó
de mentir.)

SILVESTRE.

(En tal ocasion
no es fácil callar:
si arrecia el turbion,
diré la verdad.)

JULIA.

(En tal ocasion
no debo dudar:
su infame traicion
sabré castigar.)

HABLADO.

JULIA.

Con que estos brillantes se han comprado para mí?

SILVESTRE.

Justo.

JULIA.

En casa de Ansorena?

SILVESTRE.

Efectivamente.

JULIA.

Y con qué motivo se permite mi esposo un gasto de tanta importancia?

SILVESTRE.

Te lo explicaré. Ayer dije yo para mis adentros: Silvestre, la semana pasada hiciste un buen negocio en la bolsa...

JULIA.

Sí, ya recuerdo que perdió usted cuarenta mil reales.

SILVESTRE.

Es cierto... pero como hubiera podido perder mucho más... quién duda que el negocio fué bueno?.. Y ahí tienes por qué te compré...

JULIA.

Basta de subterfugios. (Cambiando de tono.) Qué tienes tú que ver con esa señora?

SILVESTRE.

Yo?.. nada... nada... puedes creer que...

JULIA.

Usted me está engañando...

SILVESTRE.

Te juro...

JULIA.

Esto es infame! Horrible!.. (Llora.)

SILVESTRE.

Cómo, tú presumes?.. Y llora! Vamos, Julita mia, tesoro mio, perla de mi corazon...

JULIA.

Oh! Déjeme usted, caballero... Tome usted su sombrero, su gaban... Puede usted ir á casa de su Patrocinio... llevarle brazaletes, sortijas... todo lo que... lo que guste... Una querida lo merece todo. (Cayendo en el sofá.)

SILVESTRE.

Una querida? (Diantre!.. yo no puedo consentir...) Mira, Julia, estoy decidido á contarte la verdad, pero no has de decir á nadie una sola palabra. Yo no tengo nada que ver con esa Patrocinio, ni con el estuche tampoco. Becerril...

JULIA.

Hola! con que el señor Becerril?..

SILVESTRE.

Sí, mujer; desea romper con esa querida, y no queriendo ir á su casa... me rogó...

JULIA.

Bravo! Señor marido. (Levantándose y con ironía.) No le bastaba á usted engañarme, sino que pretende ademas infamar á un amigo...

SILVESTRE.

Pero mujer...

JULIA.

El mejor de los hombres!.. Un modelo de esposos!..

SILVESTRE.

Ciertamente que ama á su mujer; pero eso no le impide...

JULIA.

Cállese usted, mónstruo; lo que está usted haciendo es inícuo!

SILVESTRE.

Caramba! Yo te probaré hasta la evidencia... (Viendo entrar á Amalia.) Su mujer!

ESCENA X.

DICHOS.—AMALIA.—BECERRIL.

JULIA. (A Amalia.)

Cómo tan pronto?

AMALIA.

No ha habido carreras.

BECERRIL. (A Silvestre.)

Se han suspendido. (Y bien?)

SILVESTRE.

(Pasan cosas muy graves!)

BECERRIL.

(Bah!)

SILVESTRE.

(No me han dejado salir.)

AMALIA.

Pero hija, tienes los ojos como un tomate... Tú has llorado!

JULIA.

Amalia mia!.. Soy muy desgraciada! (Echandose en sus brazos y rompiendo en sollozos.)

BECERRIL. (Acercandose.)

Qué es eso?

SILVESTRE.

(Mantengámonos á la capa!)

AMALIA.

Vamos, reponte... (Haciéndola sentar.) y cuéntanos lo que sucede.

JULIA. (Llorando.)

Silvestre me engaña!

BECERRIL.

Hun!.. (Tosiendo.)

AMALIA.

Cómo?

JULIA.

Tiene una querida!

BECERRIL. (A Silvestre riéndose.)

Hola!.. Tú tambien?.. Camastron!..

SILVESTRE.

Diantre!.. cuando digo que no!

JULIA. (A Amalia dándole el estuche.)

Toma! Mira, una pulsera!

BECERRIL.

(Mi regalo!)

AMALIA.

Qué brillantes tan hermosos!

JULIA. (Llorando.)

Para ella! Para Patrocinio!

BECERRIL.

Patrocinio!

JULIA.

Ahí están las señas...

BECERRIL.

(Ah!.. ya caigo... (Apretandole la mano.) Pobre Silvestre!

SILVESTRE.

(Eh! no se trata ahora de tenerme compasion, sino de justificarme.)

BECERRIL.

(Delante de mi mujer? Tú deliras.)

SILVESTRE.

(Salvaje! y no estoy yo delante de la mia?)

AMALIA.

Es posible, señor don Silvestre!.. Tener una mujer como esta, un ángel, un modelo de virtud y engañarla!.. No merece usted semejante tesoro!

SILVESTRE.

Pero, señora... (Vamos, justificame!)

BECERRIL.

(Cómo quieres que yo?..)

AMALIA.

Becerril, tú que eres un hombre formal y de buenas costumbres, debes aconsejar, disuadir y hasta reprender á tu amigo.

BECERRIL.

Tienes razon, tienes razon. Vamos, Silvestre; es preciso que te corrijas, que te arrepientas, que pidas perdon á tu esposa...

SILVESTRE.

Hombre!..

BECERRIL.

A tus años no tiene disculpa semejante extravío.

SILVESTRE. (Furioso.)

Quieres dejarme?

BECERRIL.

No puedo dejarte.

SILVESTRE.

Yo voy á saltar! (Se separa de él.)

BECERRIL.

Sé más razonable y escucha.

BECERRIL.

Déjame... ó te muerdo!

JULIA.

Estoy resuelta. (Levantándose bruscamente) Hoy mismo voy á pedir el divorcio.

SILVESTRE *y* BECERRIL. (Deteniéndose.)

Qué!

AMALIA.

Mujer, estás loca? No te arredra el escándalo, los gastos de un pleito interminable, las habladurías de las gentes..! Y todo, por qué? Por una falta, es cierto; pero por una falta que puede repararse, olvidarse... Déjame á mí.—Señor don Silvestre...

SILVESTRE.

Señora....

AMALIA.

Diga usted con franqueza, es cierto que ama usted á esa mujer?

SILVESTRE (Furioso.)

Yo? al contrario la detesto, la ódio, la execro, la abomino, la...

BECERRIL (Acercándose.)

Basta! Esa declaracion es más que suficiente...

SILVESTRE.

Eh! vete de aquí.

AMALIA.

Nos jura usted no volverla á ver nunca?

SILVESTRE.

Pero si es mi vida... (Becerril le interrumpe.)

BECERRIL (Metiéndose por medio y llevándole del brazo.)

Así me gusta! Esto se ha terminado. El arrepentimiento, especie de...

SILVESTRE (Furioso.)

Quieres no sobarme más!

AMALIA (A Julia y á Silvestre cogiéndoles de las manos.)

Ven acá tú... y usted tambien. Ahora hay que darse las manos y abrazarse. A la una... á las dos...

SILVESTRE (A Julia abrazándola con efusion.)

(Pichoncita mia, yo te lo diré todo.)

JULIA.

Sé lo bastante, caballero!

AMALIA.

En cuanto á la pulsera, yo bien sé lo que haria en tu lugar.

JULIA.

Dílo.

AMALIA.

Quedarme con ella. Es preciosa!

BECERRIL.

(Adios mi dinero!)

JULIA.

Puesto que esos diamantes se han comprado para la señorita Patrocinio, ella debe ser quien los disfrute. Solo que no es usted quien ha de llevarlos. (A Amalia.) Dame el estuche. Señor Becerril?

BECERRIL.

Señora?

JULIA.

Quiere usted hacerme un favor?

BECERRIL.

Hable usted.

JULIA.

Aquí tiene usted el nombre de esa mujer, y las señas de su casa: tenga usted la bondad de llevarle este brazalete en seguida.

BECERRIL (Con precipitacion.)

Yo!...

SILVESTRE.

Cómo! Becerril?

AMALIA. (Interrumpiendo á Silvestre.)

Ajajá! Es necesario que esa mujer sepa que todo ha concluido entre ustedes y conviene valerse de un extraño... Yo estoy segura de mi marido...

BECERRIL.

Puesto que ustedes se empeñan... lo haré.

AMALIA.

Gracias á Dios que te veo tranquila! Vamos, ya están hecha las paces y... os dejo solos.

JULIA.

Te vás?

AMALIA.

Tardaré poco..... Voy á hacer una visita aquí cerca..... Becerril!

BECERRIL.

Terroncito de azúcar!

AMALIA.

Saldremos juntos... y cuidadito con dejarse flechar por esa damisela.

BECERRIL.

Ya tú sabes que puedes estar segura de mí... Yo no soy como ese bribonzuelo de Silvestre... Adios, marido infiel. (Dándole golpecitos en la espalda.)

SILVESTRE.

(Dios me tenga de su mano!) (Vanse Amalia y Becerril.)

ESCENA XI.

SILVESTRE.—JULIA.

(*Silvestre que los ha dejado en la puerta del foro, vuelve á la escena muy alegre.*)

SILVESTRE.

Ya se fueron! Mentira me parece que hemos escapado tan bien.

JULIA.

Silvestre!... he perdonado, pero no he olvidado.

SILVESTRE.

Cómo! Todavía crees?..

JULIA.

Suplico á usted que no vuelva á comenzar..... Es inútil que torture usted su imaginacion inventando mentiras que no he de creer...

SILVESTRE.

Con que mentiras?

JULIA.

Mi resolucion es irrevocable, y desde hoy me declaro libre, independiente, como usted quiere serlo. Iré donde me parezca, compraré cuanto se estile, me abonaré á los teatros...

SILVESTRE.

Es decir que me quieres arruinar?

JULIA.

Toma! no se arruina usted por sus queridas!...

SILVESTRE.

Mis queridas?... por vida de!... (Echa a rodar una silla.)

JULIA.

Está bien, caballero... excédase usted... pégueme usted.

SILVESTRE.

Señora!

JULIA.

Ya sé que es usted capaz de ello...

SILVESTRE.

Uf!... Yo voy á reventar!

JULIA.

A dónde va usted? (Silvestre se dirige á la puerta.)

SILVESTRE.

A tomar el aire.

JULIA. (Poniendose precipitadamente el sombrero y el chal.)

Irá usted conmigo.

SILVESTRE.

Julia!

JULIA. (Sin escucharle.)

La mujer debe seguir á su marido y te seguiré.

SILVESTRE.

Lo veremos.

JULIA.

Lo veremos. Salga usted, salga usted.

SILVESTRE (Revelandose.)

Si, señora: saldré y tres más nueve; porque al fin y al cabo... Oh! Esto... es... insufrible!... Puede usted seguirme si gusta.

JULIA.

Salga usted, salga usted.

ESCENA XII.

DICHOS.—PEREZ.

PEREZ.

Señora, aquí tiene usted el palco. (Presentándola un papel.)

JULIA. (Tomándolo agitadisima.)

Gracias, caballero, gracias! Oh! no se me escapará usted, señor mio. (Viendo desaparecer á Silvestre que se ha aprovechado de la entrada de Perez, sale de prisa.)

ESCENA XIII.

PEREZ.

Qué sucede en esta casa? Há poco el marido, que huye llevándose mi sombrero y mi gaban: ahora la mujer que apenas se apodera del palco, me vuelve la espalda y toma las de Villadiego, sin más ceremonia. De seguro no están muy de acuerdo y puedo esperar. (Ha llegado a sentarse en el sofa y maquinalmente toma el baston de Becerril que Silvestre dejó sobre la mesa y se pone a jugar con él, mirandole con atencion.) Calla! este es mi baston! Por dónde ha venido aquí? Ayer lo olvidé en casa de Patrocinio...

ESCENA XIV.

DICHO.—AMALIA.

AMALIA.

Caballero!

PEREZ. (Levantandose.)

Señora!..

AMALIA.

Ah! El señor de Perez!

PEREZ.

Acabo de entrar... Aquí estaban Julita y su esposo, pero he

llegado en tan mala ocasion, que apenas repararon en mí... y se han ido...

AMALIA.

Comprendo! Continúa la escena.

PEREZ.

Qué escena?

AMALIA.

Una terrible, que ha tenido lugar hace poco.

PEREZ.

Pero qué motivo?

AMALIA.

No es cosa! Figúrese usted que el señor don Silvestre anda á vueltas con una querida.

PEREZ. (Riéndose.)

Bah!

AMALIA.

No lo tome usted á broma, que el asunto es muy sério.

PEREZ.

Sabe usted quién es ella?

AMALIA.

Una tal...Patrocinio.

PEREZ. (Vivamente.)

Patrocinio!

AMALIA.

La conoce usted?

PEREZ.

Delicioso!.. divino!.. El viaje de mi baston se esplica... (Dando carcajadas.)

AMALIA.

El viaje de su baston?

PEREZ.

Justamente. Vea usted. (Mostrando el baston.)

AMALIA.

No comprendo...

PEREZ.

Es el caso, que ayer mismo tuve que ir á casa de esa señorita...

AMALIA. (Sonriendo.)

Hola!

PEREZ.

Fuí con el objeto de que tomara parte en una funcion á beneficio de los pobres. Es una artista de mucho mérito...

AMALIA.

No necesita usted disculparse, usted es soltero.

PEREZ.

Pues bien, me dejé olvidado el baston; vuelvo despues á recojerlo... y la del humo! Ya le habia contado con los difuntos, cuando me le encuentro ahora mismo en esta sala.

AMALIA.

Cómo!

PEREZ.

Le tomaria por equivocacion don Silvestre...

AMALIA.

Já! já! já! El lance es gracioso.

ESCENA XV.

DICHOS.—JULIA.

JULIA.

Oh! no he podido alcanzar al infame!

AMALIA.

Jesus, qué sofocada vienes! qué ocurre?

JULIA.

Qué quieres que ocurra? Que mi marido no puede vivir separado de su... ninfa; que se escapó, que intenté seguirle, y que no le he podido atrapar!

AMALIA.

Vamos, cálmate. Quizá no haya ido donde te figuras.

JULIA. (Muy agitada.)

Me es indiferente!.. Pero me vengaré!.. Ya verás!.. Ya verás!..

AMALIA.

Julia!

JULIA.

Señor de Perez, quiere usted hacerme un nuevo favor?

PEREZ.

Estoy siempre á sus órdenes.

JULIA.

Deseo que Ansorena me envie hoy mismo una pulsera de brillantes, igual á otra que vendió ayer á mi marido; pero no me atrevo á mandar á un criado... son tan torpes...

PEREZ.

Yo iré.

JULIA.

Cuánta bondad!

AMALIA.

Qué intentas? Sin que lo sepa tu marido...

JULIA.

Al entrar he dado órden de que enganchen la berlina. Iremos á la fuente Castellana... (A Perez.) Usted nos acompañará.

PEREZ.

Con muchísimo gusto. (Esto marcha.)

JULIA.

Ah! Doy á usted infinitas gracias por el palco. Espero que mañana ocupará en él un asiento.

PEREZ.

Con toda mi alma. (Pues señor, esto es hecho! Triunfé.) (Vase.)

ESCENA XVI.

AMALIA.—JULIA.—*Despues* SILVESTRE.

AMALIA.

Pero Julia, te has vuelto loca? No comprendes que ese hombre puede interpretar esas distinciones de cierta manera?

JULIA.

Psts... no me importa! Mi marido me engaña.

AMALIA.

Sin duda, pero las faltas del marido no justifican las de la mujer.

SILVESTRE. (Entrando por el fondo muy alegre.)

Ajajá. Ya está aquí! (A Julia: esta se vuelve sin hablarle.) Bien sabia yo que no me alcanzarias.

JULIA.

Pero, señor don Silvestre, su conducta de usted es indigna.

SILVESTRE.

Ella tiene la culpa: ella que por una falsa interpretacion de la Epístola de San Pablo, se cree con derecho para seguirme á todas partes. Yo no consiento que me espíen.

JULIA. (Sin volverse.)

Es claro: tenia que volver á la madriguera!

SILVESTRE.

Qué tenacidad! Si no he hecho más que dar vueltas alrededor de la manzana, como un coche de alquiler.

JULIA. (Secamente.)

Bueno, puede usted ir donde le acomode: yo no trato de impedirlo.

SILVESTRE.

Pero cuando te digo que es Becerril...

AMALIA.

Eh! qué es eso de Becerril?

SILVESTRE.

(Diablos! delante de su mnjer!) Nada... preguntaba por Becerril.

AMALIA. (Aparte á D. Silvestre.)

Cuidado, señor don Silvestre, que juega usted con muy malas cartas!

SILVESTRE.

Yo!

AMALIA.

Mire usted que ese comportamiento acabará por precipitar á su esposa; y si quiere vengarse...

SILVESTRE.

Cómo vengarse?

AMALIA.

Anda por ahí cierto galancete...

SILVESTRE.

Un galancete! (Dirigiéndose a Julia con determinacion.) Señora, las cosas van tomando un giro que no me permite diferir...

JULIA.

Oh! gracias, gracias! No tiene usted necesidad de justificarse.

ESCENA XVII.

Dichos.—BECERRIL.

BECERRIL. (Entrando triunfante.)

He cumplido mi comision.

SILVESTRE.

(Becerril!.. El diablo te lleve!)

AMALIA.

Y bien?

BECERRIL.

La persona consabida no estaba en su casa...

AMALIA.

Adelante, adelante!

BECERRIL.

Dejé el estuche... con una carta... larga, muy larga... en la que le manifestaba... que Silvestre... que su mujer...

AMALIA.

Es decir que todo ha terminado...

BECERRIL.

Por completo.

AMALIA.

Vamos!.. Ya puedes estar tranquila!

JULIA. (Viéndole.)

Y bien? Señor de Perez...

ESCENA XVIII.

Dichos.—PEREZ.

PEREZ.

Señora, vengo de casa de Ansorena... pero dicen que no han

vendido nada á su esposo, desde aquel brazalete de esmeraldas que usted eligió.

JULIA.

Cómo?

SILVESTRE.

Qué significa?

PEREZ.

La única pulsera de brillantes que salió ayer de casa de Ansorena, la compró el señor Becerril. (Señalándole.)

AMALIA.

Mi marido!

PEREZ.

Si señora.

BECERRIL.

(Válganme los innumerables mártires de Zaragoza!)

AMALIA. (Agitadísima.)

Cómo, ese brazalete...

BECERRIL.

Ese brazalete... no creas...

AMALIA.

Esplíquese usted!

BECERRIL. (Hecho un lio.)

Es muy fácil... yo te diré... Es verdad que yo compre esa pulsera... pero... pero fué por un encargo... por encargo de Silvestre.

SILVESTRE.

Por encargo mio!

BECERRIL.

(Cállate!)

SILVESTRE.

(Ya no puedo callar.)

BECERRIL. (En tono suplicante.)

(Considéra que mi mujer está delante...)

SILVESTRE. (Irritado.)

(La mia tambien! y además anda por ahí cierto galan.)

JULIA. (A Amalia.)

Ya lo oyes... por encargo de mi marido.

BECERRIL. (Volviéndose á Perez.)

Con que decia usted? (Cambie usted de conversacion.)

PEREZ.

Señoras, hace un tiempo magnífico para pasear... (Marchándose.)

BECERRIL. (Apoderándose del que Perez tiene en la mano.)

Eh, eh! que se lleva usted mi baston!

AMALIA.

Tu baston! Ese baston es tuyo!

BECERRIL.

Sin duda; me lo han regalado... No, no, quise decir que lo he comprado hace tres dias.

AMALIA. (Conmovida.)

Julia, dame un abrazo! (Amalia la abraza.)

JULIA.

(Qué tendrá?)

AMALIA.

Don Silvestre, venga esa mano. (Apretándola.) Doy á usted mil gracias... tiene usted un gran corazon, es usted todo un amigo.

SILVESTRE. (Dudaudo.)

Cierto, señora....

AMALIA.

Dejarse de acriminar desde esta mañana y todo por evitarme un disgusto, un desengaño... gracias, gracias...

JULIA.

Qué quieres decir?

AMALIA.

Que por una casualidad acabo de descubrir lo que tanto pretendian ocultarme... Aquí hay, en efecto, una mujer engañada... pero esa mujer soy yo.

JULIA.

Tú!

PEREZ.

(Malo!)

SILVESTRE. (A Becerril.)

(Díle algo, bruto!)

BECERRIL.

Amalia!

AMALIA.

Basta, caballero. Ese brazalete lo ha comprado usted para usted... Y ese baston es del señor Perez, que lo dejó olvidado en casa de esa Patrocinio.

SILVESTRE.

Bah! Si él no la conoce!

BECERRIL.

Amalia, yo te juro...

AMALIA.

Ya se justificará usted ante los tribunales. Hoy mismo voy á entablar el divorcio.

JULIA.

Estás loca, mujer? No te arredra el escándalo, los gastos de un pleito interminable, las habladurías de la gente? *Y todo por qué? Por una falta es cierto, pero por una falta que puede repararse, olvidarse.* Son tus mismas palabras! (Les coje de la mano.) Ea, esto se acabó. Darse las manos y abrazarse...

BECERRIL. (Intentando abrazarla.)

Amalia mia!

AMALIA. (A Julia.)

Es igual! yo me vengaré.

JULIA.

Ten cuidado con eso: las faltas del marido no justifican las de la mujer.

SILVESTRE.

Vamos, Becerril, es preciso que te corrijas, que te arrepientas, que pidas perdon á tu esposa...

PEREZ.

Señoras, ya que el nubarron ha pasado, vamos á la Fuente Castellana.

JULIA.

No salimos hoy. Tenemos que disponer nuestra marcha á París.

PEREZ.

A París!

JULIA.

Un viaje entre cuatro. Consientes?

AMALIA.

Creo, en efecto, que mi marido necesita cambiar... de aires.

BECERRIL.

Apruebo la idea.

SILVESTRE.

Tambien yo!

PEREZ.

(Mi gozo en un pozo! Bah! Al menos recobré mi baston.)

JULIA.

Pobre Silvestre! Cuánto te he hecho sufrir!

SILVESTRE.

No te lo decia yo? Eso se queda para...

JULIA. (Haciéndole señas de que calle.)

Prudencia!

SILVESTRE.

Es verdad.

CRIADO. (En el fondo.)

La sopa está en la mesa.

JULIA.

Señor de Perez, hasta la vuelta. Señores, vamos á comer. (A Silvestre.) Dame el brazo.

SILVESTRE.

Justo! El marido no se debe separar de su esposa.

CANTO.

JULIA.

En la union
conyugal,
sin distincion,
debe ser
por igual
la obligacion.
En la union
conyugal
debe ser

todo igual,
y el amor siempre
debe reinar.

TODOS.

Y el amor siempre
debe reinar.

FIN.